

Papa, feroz, echándosele encima, aferrándolo por el pecho y sacudiéndolo todo—. Pero, ¿es posible que hayáis de ser todos, todos, tan estúpidos, vosotros, los que tenéis ochavos?

—¿Tan estúpidos? ¿Nosotros? — balbuceó Quico, cada vez más asustado, reculando a cada sacudida.

—¡Pues sí! ¡Pues sí! ¡Pues sí! — sigue vociferando Nane Papa—. ¡Tan estúpidos, que habéis hecho nacer el ansia en esta pobrecita de ser amada por mí! ¿Comprendes? ¡Por mí! ¡Por mí! ¡Amada por mí!

Y rompe en un llanto desesperado, abatiéndose sobre el cadáver de Loreta.

## SERVIDUMBRE



Dos veces la mamaíta había asomado por la puerta la cabeza rubia, sabia obra arquitectónica armada con peines y peinetas, horquillas y horquillitas, para recomendar a Dolly que no hablase demasiado, que no se agitara tanto, porque de otro modo la fiebre le aumentaría.

—Hablas mucho tú... y juegas sola...

Estaba Dolly sostenida en un pila de almohadas, sentada en su camita en compañía de todas sus lindas muñecas. Y dos veces, sacudiendo la cabecita para apartarse de los ojos los ricitos de oro, escapados en el calor del juego de debajo del gorrito de raso celeste, había respondido a su mamá:

—Yo sola, no; también Nené...

Nené era la hija de la nodriza de Dolly (la *baba* de sus primeros balbuceos). ¿No jugaba también Nené?



Hasta ahora, a decir verdad, Nené no había abierto la boca. Por el contrario, las dos veces había mirado casi aterrada a la señora que asomaba la cabeza por la puerta; y el *cric* del picaporte, el chirrido de la puerta al abrirse, la presentación de aquella cabeza, la voz de la mamá de Dolly, habían sido para ella una ruina, un sacudimiento, una confusión. Porque estaba como en un sueño, Nené, desde hacía dos horas, suspensa, casi angustiada, en la duda de si sería o no verdad aquello que alrededor veía y tocaba.

El vestidillo color garbanzo, de dos años de fecha, le segaba el cuello, le segaba las axilas, le oprimía la espalda; la cinta de seda color rosa, un poco desteñida, que le rodeaba la cabeza, se le aflojaba por momentos y cedía al áspero rizarse, hispido y compacto, de los cabellos negros, aún empapados de agua (porque había sido lavada toda con insólito esmero); no sentía nada, no advertía nada, encantada, deslumbrada del lujo de aquella alcobita de niña, nido de pequeña hada, acolchado de raso azul, espumante de encajes, lleno de mueblecitos blancos, barnizados de laca, relucientes. Y suavemente, sin darse cuenta de ello, con la manita gruesa, hinchada y congestionada por aquella manga demasiado corta y estrecha, que le apretaba el brazo como si fuera un salchichón, palpaba la cubierta tan pulida, tan mórbida de la camita, mientras,

toda ojos y con la boquita abierta, seguía la charla continua, voluble, de la amita enferma.

¿Jugar? ¡Muy lejos de ello, pobre Nené! No había abierto la boca, verdaderamente; pero Dolly se hacía cargo de que el juego realmente lo hacía ella, Nené, con su asombro atento y mudo, que daba un alma nueva a aquellas siete muñecas sentadas sobre la camita como damas en visita, y daba a Dolly nuevo placer al hacerlas mover y hablar. Desde hacía mucho tiempo, en efecto, aquellas siete muñecas para Dolly no existían; eran pedazos de madera, cabecitas de cera o de porcelana, ojos de vidrio, cabellos de estopa. Pero ahora volvían a tener alma, un alma nueva, y volvían a vivir una nueva vida maravillosa también para ella, Dolly, como no hubiera nunca imaginado poder darles; un alma, una vida que tomaban su importancia precisamente del asombro de Nené, que era asombro de criadita. Las hacía, por eso, hablar como señoronas del gran mundo, llenas de caprichos y de mohines y, como hablaban, poco más o menos, las amigas de mamá.

Ejemplo: ésta era la condesita Lulú, que guiaba por sí su auto, fumaba dorados cigarrillos y gritaba siempre, agitando en el aire un dedo amenazador:

—¡Moringhi, Moringhi, si te vas, te traigo a la fuerza!

¿Quién era Moringhi? ¿Un mago? ¿Quién



sabe? Quizás un amigo de mamá, él también, un amigo de todas las amigas de mamá; pero el nombre, en aquel grito, se representaba a Nené como el de un mago, porque Dolly decía que era amigo especialmente de aquella otra muñeca, de ésta, mira, de mistress Betsy.

—*All right, thank you!*

¡No, no era broma! Hablaba siempre inglés, mistress Betsy. ¡Con mamá, con todos! Y andaba siempre a caballo—¡hop!, ¡hop!—, pero nada de silla: con las piernas abiertas, así... ¡como los machotes, deshonesto, desvergonzado! Y a menudo caía; y una vez, en la caza del zorro, se había herido en la cara: mira, en la sien, aquí. ¡Oh, le estaba bien merecido, deshonesto americanucha! Enseñaba a todos sus heridas de caballista, en el pecho, en la espalda, aún en las piernas; y cuando apretaba la mano, hacía daño.

—*All right, thank you!*

¿Y esta otra? ¡Ah, esta otra de aquí! ¡Es cosa de morir de risa con ella! Es doña Maruja... Siempre enferma.—«¡Oh, Dios mío; oh, Dios mío!»—«¡Mi pobre cabeza! ¡Mi pobre corazón!»—«¡Moringhi, le ruego sea usted bueno! ¡Moringhi, no me haga daño: ya no tengo fuerzas para reír, Moringhi! ¡Mi pobre cabeza! ¡Mi pobre corazón!»—Pero no un *corazón* así..., con *c...*, sino corazón con *q*, y bien marcada: *qorazón*. Moringhi lo contaba así. ¡Es para reventar de risa, un corazón con *q*!

Nené no comprendía nada.

Podía ser verdad para ella que aquella muñeca fumase y aquella otra montase a caballo. Sí, mira, tenía de veras una señal en la sien. Pero, si tenían hasta sus calzoncillos con encajes y flecos de seda y sus medias de seda con ligas de terciopelo y hebillitas doradas y sus botitas de badana, ¿cómo no iban también a montar a caballo, fumar, hablar con aquel lenguaje incomprensible? Cualquier prodigio podía ser verdad en aquella alcobita; hasta caballos, sí; caballitos verdaderos, caballitos vivos, chicos, chiquitos, podían salir allí de un momento a otro y ponerse a caracolear encima por los campos lejanos, lejanos de aquella colcha azul de terciopelo, montados por aquellas damitas de flotantes velos.

Fascinada por aquella visión, Nené se negaba a creer, o verdaderamente no lograba aún comprender que, cansada por fin del juego, Dolly estuviera ahora para regalarle una de aquellas muñecas y no supiera todavía cuál.

—No, ésta no—decía Dolly—. Ésta tiene el bracito malo y debe quedarse en cama conmigo. Mira... te doy, en su lugar, esta otra, mistress Betsy... Pero no, tampoco... Se te escaparía en seguida, mistress Betsy. ¡Es muy mala! Desvergonzada... Y, además, que habla en inglés: no la comprenderías. Te doy esta otra, entonces. Se llama Mimí. Pero tú debes llamarla siempre señora marquesa. Marquesa



es, ¿sabes? La marquesita Mimí. Exigente... ¡Ah, exigente!, ¡exigente! Necesita encontrar el baño preparado todas las mañanas, y después su desayuno, chocolate con bizcochos, y después... y después... no come nada, ¿sabes? No come nada más que pildoritas de plata... aquéllas que se compran donde las compra mamá, en casa del farmacéutico Baker, frente al Gran Hotel. Te doy a Mimí, sí. Anda, tómala. De veras te la doy, sí... para siempre... Tómala, pues; tómala te digo... Espera, que le dé un beso... Ea, te la puedes llevar...

Nené miraba aturdida y más que nunca suspensa y angustiada. Se había puesto en pie ante la insistencia de Dolly; pero permanecía allí, sin poder alzar la mano, casi a punto de llorar.

Entró en la alcobita la señora, seguida de la *baba*, que había permanecido, después de la crianza de la niña, en aquella casa de los señores. Hasta su misma madre, tan bien vestida, de nodriza, con la cofia en la cabeza y el delantal blanco recamado, al lado de la señora, se le aparecía en aquel momento a Nené como transfigurada en la luz de aquella casa, como difusa en el azul de una maravillosa lejanía.

¿Qué decía la madre de Nené? Decía que no, a Dolly, que no debía darle a su hija la muñeca. No debía dársela, primero de todo, porque es demasiado bella, demasiado bien vestida, y calzada y con los guantes y con

sombrero; figúrense ustedes, una muñeca así, ¡era demasiado fina para Nené! Y luego, ¿qué haría Nené con ella? Nené es amita de casa; debe atender a servir al papá y no tiene tiempo de jugar, porque ¡ay, si el papá no lo encuentra todo listo por la noche!

¿El papá? ¿Qué era eso? Le parecía tan lejano ahora, a Nené, aquel desdichado padre suyo, que volvía a casa siempre borracho y descontento, y por nada le pegaba y la agarraba por los cabellos y le estrellaba encima aquello que le pillaba primero entre las manos, gritándole:

—¡Por qué no te habrás muerto tú, en lugar de él!

Ella, sí, en lugar del hermanito que la madre había dejado de amamantar para ir a ser nodriza. Una vecina se había encargado de criarlo por unas pocas liras al mes; y ella, Nené, debía servirle de madre. Pero el hecho es que el hermanito, un día, estaba muerto, en brazos de ella, muerto; y ella, que no lo sabía, estuvo un gran rato llevándolo así en brazos: frío, frío, blanco, blanco, y callado, y tieso... Desde entonces, el padre se había vuelto malo, tan malo que la mamá no había querido estar más con él y se había quedado a servir en aquella casa, o más bien dicho, a hacerse la señora, como decía el papá y como ahora verdaderamente le parecía también a Nené. Era muy cierto que ahora la mamá hablaba y miraba y



sonreía y gesticulaba como una señora, como la mamá de Dolly, precisamente, y a ella, a Nené, no le parecía ya su madre.

—¡Pero, no, vaya, señorita! ¿Es posible? ¡Ni por sueños! ¿Una muñeca tan bonita a mi pobre Nené?

Mas ya la señora le cogía un bracito, luego le ponía sobre el pecho la muñeca, aquella *marquesita Mimí*, y después, sobre la muñeca, le replegaba el bracito para que la llevase sujeta.

—Torpe; ¿y no se dan las gracias, al menos? Vamos, ¿cómo se dice? ¿Qué se dice?

Nada. No podía decir nada, Nené. Y no osaba ni aún mirar aquella muñeca marquesita sobre su pecho, bajo su brazo.

Se fué a la calle como aturdida, los ojos extraviados, sin mirada, la boquita abierta, los cabellos que se le rebelaban bajo la cinta color de rosa, cuanto más la madre probaba a sujetárselos sobre la cabeza. Bajada la escalera, atravesó muchas calles y volvió al páramo donde vivía con su padre, sin ver nada, sin sentir nada, casi enajenada de todo sentimiento de vida.

Vivía para ella allí, en compensación, sobre su pecho, estrechada por su brazo, aquella muñeca maravillosa; de una vida incomprendible, sin embargo, aquella que ponía turbación en su mente, a través de la charla continua y voluble de la amita enferma. ¡Oh, Dios!

Si aquella muñeca hablase con el lenguaje que le había puesto en la boca Dolly, ¿cómo haría ella para comprenderla?

—¡Moringhi, Moringhi: si te vas, te traigo a la fuerza!

¡Ah! Moringhi, ciertamente, no hubiera venido allí, a aquel páramo, a buscar a la marquesita Mimí, y tampoco ninguna de las amigas vendría. ¿Y los cigarrillos dorados? ¿Y las grajeas de plata perfumadas? ¿Y los caballitos de verdad, los caballitos vivos, chicos y chiquitos?

Ni por soñación se le ocurría que pudiese ella jugar con aquella muñeca. Servirla, sí, ella hubiera podido servirla; pero, ¿cómo, si no sabía ni aún hablarle? ¿Si no comprendía nada de la vida a la que la muñeca estaba acostumbrada?

Al entrar en el tabuco, donde estaba su camastro con una silla de paja desfondada y una banquetta que le había servido de mesita para hacer los palotes y las vocales cuando todavía iba a la escuela, giró los ojos en torno desanimada, avergonzada, no por ella, sino por la damita que llevaba en brazos. Ahora, no se atrevía a mirarla.

Verdaderamente ella se daba cuenta de que la marquesita Mimí tenía los ojos de vidrio y no veía. Pero veía ella, Nené, veía ahora la horrible miseria de aquel mechinal suyo con los ojos de la marquesita Mimí, habituados al



lujo de la alcobita de la cual venía. Hasta que ella no la mirase, la marquesita Mimí, todavía apretada bajo su brazo, no veía nada. Lo hubiera visto todo apenas ella se decidiese a mirarla. Pues bien; era preciso que viera desde el principio lo menos que se pudiera de aquella miseria.

Pensó que en la cajita de sus ropas, debajo del camastro, había un delantalito azul, desechado por Dolly y regalado por la señora al ama seca para ella: había sido lavado y relavado muchas veces; se había desteñido; tenía más de un desgarrón; pero procedía de allí; había sido de Dolly, y acaso la marquesita Mimí lo reconocería.

Sin dejarla en sitio alguno, sin mirarla, Nené se inclina; saca de aquella cajita el delantalillo y lo extiende sobre la banqueta como un tapete, cuidando de que los desgarrones, al menos los mayores, no quedasen a la vista. Vaya, por el momento podía ponerla a descansar allí, sobre la tersura de aquel delantal viejo, pero fino. La puso a descansar quedo, quedo, con manos temblorosas por el miedo de hacerle daño y de arrugarle el vestido; y, finalmente, se atrevió a mirarla. Un sentimiento, mezcla de piedad y adoración, expresaron las manecitas de Nené abiertas sobre el pecho, en un ademán de incertidumbre angustiosa. Y, poco a poco, se hincó de hinojos, mirando en los ojos a la muñeca. ¡Ay, Dios!

la vida maravillosa que Dolly le había hecho vivir en su alcobita, aquí se había como apagado. La muñeca estaba delante de Nené como si no viese nada, en espera de que la niña hiciese algo por ella, algo para volverle a dar vida, su vida perdida de gran señora. Pero, ¿cómo? ¿Qué había de hacer? Le faltaba todo. Dolly le había dicho que sus muñecas estaban acostumbradas a cambiar de vestido muchas veces al día, y que aquella marquesita Mimí tenía muchos trajes, a cuál más bonito: color de rosa, amarillo, violeta, con florecitas, con sombrillitas japonesas... ¿Era posible que ahora estuviese vestida siempre así, siempre con aquel sombrerito en la cabeza, con aquellos zapatitos en los pies, con aquellas pulseritas en las muñecas y aquella cadenita al cuello, de la que pendía el abaniquito? ¡Ah!, qué precioso era aquel abaniquito de plumas, abaniquito de verdad, que hacía un poquito de verdadero viento, poco, poco, el que podía bastar a aquella diminuta marquesita Mimí... ¡Ah!, allí sí, allí sí, en casa de Dolly, con todas las cosas a propósito, la camita de madera blanca, y los otros mueblecitos y la provista canastilla, allí hubiera sido dichosa Nené, sirviendo a aquella muñequita marquesa... Pero, ¿aquí? ¿Cómo no había pensado Dolly que debía haberle dado también, lo menos, lo menos, la camita y un poco de equipo, no para hacer más espléndido y completo el obsequio, sino para que ella,



la muñeca, no tuviera que sufrir y para que Nené tuviera modo de servirla? ¿Cómo podía hacerlo así, sin nada? A lo más, a lo más, con el aliento y con el dedo, o con la punta de un pañuelo, podría dar brillo a los zapatitos de badana. Otra cosa, no.

Casi, casi era mejor volver a casa de Dolly, con la muñeca, y decirle:

—O me das lo necesario para que viva como tiene costumbre, o te la quedas.

¿Quién sabe? Acaso Dolly se lo hubiera dado todo...

Un largo, profundo, profundo suspiro levantó el pecho de Nené, inclinada allí, ante la banquetta. Volvió la cabeza y, por un momento, deslumbrada de nuevo, le pareció ver, en un sucio rincón del mechinal, la alcobita de la marquesa Mimí. ¿Alcobita? Una lujosa alcoba con alfombra azul de terciopelo, allí por tierra, y la camita de madera blanca, adornada con sus colgaduras de seda celeste, y a otro lado el tocador con espejo, las sillitas, el armario de luna; y se vió a sí misma, tan bien vestida como su mamá, toda atenta a servir a aquella amita suya, exigente, tan exigente y caprichosa; a adivinar todos sus deseos, para que no la riñese, pues, en verdad, por mucho que Nené hiciera, la marquesita Mimí, sola allí con ella, aunque rodeada de todas sus comodidades, de todo su lujo, hubiera estado de mal humor, sin más visitas de amigas, ni de Moringhi, ni pa-

seos a caballo. Y, para desahogarse, la hubiera seguramente tratado a baqueta.

—¡Pronto, el baño!

—Sí, en un momentito, señora marquesa...

—¡Pero, es que mi baño debe estar dispuesto apenas me levanto! ¿Qué haces? ¡Dame en seguida mi chocolate y mis bizcochos! ¡Mis ropas, a la carreral!

—¿Qué vestido, señora marquesa? ¿El rosa? ¿El amarillo? ¿El de sombrillitas japonesas?

—¡No; el violeta! ¿No lo sabes ya?

—En seguida, señora marquesa: aquí lo tiene la señora.

Veía, con los ojos cerrados, aquel sueño suyo, allí, en aquel rincón encantado, y hablaba Nené sola, así, desde hacía un rato, fuerte e imperiosa, por boca de la marquesita Mimí, humilde y sumisa, por cuenta propia, como criadita amorosa que excusa los caprichos de la amita tirana; cuando, de pronto, con un calofrío de terror por la médula, vió una manaza tosca, enorme, alargarse sobre su cabeza y arrebatarse la muñeca de sobre la banquetta.

Encogió, Nené, la cabeza; después, palideciendo, arriesgó por encima del hombro, con el rabillo del ojo, una mirada.

Su padre, detrás de ella, con una falsa risa en los labios hispídos, negros, miraba la fina muñeca, frágil en aquella manaza suya, tan tosca, y meneaba la cabeza, repitiendo:

—¿Ah, sí? ¿Ah, sí?



Con el alma oprimida de angustia, le vió levantar la otra mano, aferrar con dos dedos el ala del sombrerito de la muñeca y dar un tirón violento.

Sofocó Nené un gemido largo, involuntario.

Junto con el sombrerito se había desprendido la cabeza. Y aquella cabeza con el sombrerito y aquel busto decapitado, dos despojos horribles, informes, volaron a la calle por la ventanuca de junto al techo, acompañados de una puntapié y de una exclamación rabiosa:

—¡Arriba, en pie! ¡No quiero señoras en mi casa!

POR SU PIE